
2. EJE: ESPIRITUALIDAD MISIONERA

A. VER - ESCUCHAR / EMPATIZAR

Tres peligros acechan a la espiritualidad misionera, tanto a nivel social como eclesial. El primero y del que parten los demás es el “enamoramiento” de uno mismo, es decir una “conciencia aislada”, que se expresa en “mundanidad espiritual” o “autorreferencialidad” eclesial (*EG*, 8 y 93-97). La cultura universal ha aceptado la mentira de la serpiente, en la que cayeron Adán y Eva “serán como dioses” (*Gn* 3, 5). De ahí que la espiritualidad misionera no se enfoca en la unión con Cristo y con los demás, sino en uno mismo, llegando a utilizar la misión para un éxito personal. El segundo peligro es lo que el Papa Francisco llama el “gnosticismo actual”, que lleva a una “mente sin Dios y sin carne”, pues se pretende comprender todo por medio del razonamiento, propio y subjetivo, sin contar con la oración y unión con Dios es su misterio divino (*GE*, 37- 46). La tercera realidad nociva para la espiritualidad es el “pelagianismo actual”, que lleva al misionero a creer en la justificación por las propias fuerzas, en la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, olvidando la gracia y misericordia de Dios (*GE* 57). El Papa Francisco llama a esto “una voluntad sin humildad”, que se traduce en “sin espiritualidad”.

Desde la realidad boliviana, la vida cristiana está muy unida a las costumbres tradicionales, fiestas patronales, celebraciones de difuntos, sacramentos o sacramentales, donde se tiende a priorizar la dimensión familiar, el estatus social o las expresiones culturales, pero no siempre con el adecuado compromiso comunitario a favor de los pobres y menos aún en el cuidado de la casa común. Las celebraciones litúrgicas no siempre responden a las búsquedas profundas de la gente, probablemente por deficiencias formativas en el clero y la poca escucha y diálogo con las expresiones culturales, especialmente indígenas, cuyas raíces simbólicas están muy arraigadas en el pueblo boliviano. De allí la urgencia de avanzar en la inculturación litúrgica, que pueda expresar una espiritualidad misionera muy viva y profética.

El Segundo Simposio Nacional celebrado el 6 y 7 de marzo, en la reflexión sobre la espiritualidad misionera, resalta que los grupos pastorales:



En lo espiritual: son espacios de encuentro personal y comunitario con el Señor; sostienen la fe, animan a profundizar y a crecer en la vida espiritual, promueven la vida de oración y la participación en la liturgia, facilitan espacios para la adoración, la celebración de la Eucaristía, la oración comunitaria y la práctica de los sacramentos. Estas prácticas espirituales nutren la relación con Dios y ayudan a crecer en intimidad con la Santísima Trinidad. Estos grupos son un medio privilegiado para vivir la fe.

En lo pastoral-social: permiten el contacto y la relación con otras personas; son fuente de apoyo y sostén en la vida cotidiana; son espacios de formación en los que se aprende unos de otros y en conjunto; fomentan el espíritu de servicio y compromiso con los más necesitados;

En lo eclesial: fomentan la participación en la misión evangelizadora de la Iglesia, animando a los fieles a poner sus dones al servicio de los demás y a ser testigos de Cristo en el mundo. El compromiso con la caridad y la solidaridad fortalece la fe e impulsa a vivir el Evangelio en la vida cotidiana.

Se concluye diciendo que, para ser evangelizadores de almas también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. (EG 268).

B. JUZGAR - DISCERNIR / SENTIPENSAR

Ante esta realidad el Evangelio, la Teología y el Magisterio de la Iglesia afirman que la fuente de la fuerza y valentía misionera se encuentra en la unión con Cristo, así como Él estuvo unido al Padre (Jn 17). Esa unión íntima se expresa continuamente en la oración y más aún en la Eucaristía (cf. EdE 1).

Es imprescindible así la unión entre misión y oración para mantener una constante actitud de discernimiento en las emergencias de la misión, consuelo en las tribulaciones y luz en la oscuridad. San Juan Pablo II afirma que el “verdadero misionero” ha de ser “contemplativo en la acción”, “santo” (RM, 90-91), pues halla respuesta a los problemas a la luz de la Palabra de Dios y de la oración personal y comunitaria. El misionero si no es contemplativo no puede anunciar a Cristo



de modo creíble. Es más, “Un rato de verdadera adoración tiene más valor y fruto espiritual que la más intensa actividad, aunque se tratase de la misma actividad apostólica” (*Discurso a los superiores generales*, 24 de noviembre de 1978; cf. *Puebla*, 529). Esto lleva al misionero a reconocer que nada vale la pena en la vida si no nos lleva a Dios, que tanto la razón como la voluntad tienen límites, y que la unión íntima con Dios es la razón de ser del cristiano. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*DCE*, 1).

El impulso misionero tiene como fuente inextinguible a la Eucaristía porque en ella el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en él la decidida voluntad de anunciar con parresía lo que ha escuchado y vivido (cf. *DA* 251).

La Espiritualidad Misionera tiene su eje central en el encuentro personal con Jesús. De allí que la primera motivación para evangelizar es el amor que hemos recibido de Jesús, la experiencia de ser salvados por Él nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Por ello es que necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos.

En este sentido, Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo como en Pentecostés; el Espíritu hace salir de sí mismos a los Apóstoles y los transforma en anunciadores de las grandezas de Dios; entonces, cada uno comienza a entender en su propia lengua. El Espíritu Santo, además, infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (parresía), en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente. Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no sólo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios (*EG* 259). “Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. Esas propuestas parciales y desintegradoras sólo llegan a grupos reducidos y no tienen fuerza de amplia penetración, porque mutilan el Evangelio” (*EG* 262).



C. ACTUAR - RESPONDER / PROYECTAR

La acción que pide la realidad observada es una profunda conversión en nuestra vida misionera, volver a concientizar a los misioneros que el protagonista de la misión no es la persona sino el Espíritu Santo y decir “Siervos inútiles somos, hemos hecho lo que teníamos que hacer” (*Lc 17,10*). Esta conversión se tiene que traducir en fomentar, aún más, espacios diarios de oración, asistencia y recepción de la Eucaristía, lectura de la Palabra de Dios y de reconciliación con uno mismo, con toda la creación y con Dios. Esto se concreta eficazmente con el sacramento de la Reconciliación, cuya recepción recurrente se ha de promover, pues nuestras obras deben ser realizadas en estado de gracia para lograr verdaderos frutos apostólicos y en nuestra vida espiritual. El mismo Papa Francisco nos da el ejemplo, pues se confiesa cada 15 días.

Urge que en todos los encuentros misioneros esté la transversal de la espiritualidad misionera para evitar caer en un activismo vacío, que se limita a actividades sólo lúdicas o de entretenimiento. Se trata de experimentar que nos sostiene la gracia de Dios y no nuestras fuerzas humanas, como le dijo Cristo a San Pablo: “Mi gracia te basta” (*2 Co 12,9*).

El compromiso de cada cristiano es dar testimonio de vida en todo tiempo y lugar, evitando todo tipo de parálisis. “Corazones ardientes y pies en camino” (cf. *Lc 24,32*) es la actitud de todo misionero, pues el encuentro personal y comunitario con el Señor le impulsa a salir a la escucha y el encuentro con los demás, especialmente con los más pobres, vulnerables y excluidos. En los rostros de ellas y ellos, quienes viven en la frontera y la marginalidad, es posible reconocer la presencia de Dios en toda su creación.

Para este cometido, los rasgos de una espiritualidad misionera que deben ser impulsados en la vida cristiana y en la práctica misionera son: conocer y amar a Jesús para atraer a otros y que también lo conozcan, lo amen y lo sigan; alegría del encuentro con el Resucitado y estar unidos a Él, que es la vida verdadera de la damos frutos misioneros, vivir a su estilo con docilidad a la acción del Espíritu Santo que fortalece nuestra fe y nos impulsa a la misión ; oración constante, contemplación, adoración, vida interior, **vivir los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación, como medios que nos acercan a la Santísima Trinidad** y a crecer en la fe. Practicar las virtudes cristianas, vivir en caridad con los demás; experimentar la pasión por Jesús



y la pasión por su pueblo; el encuentro con Cristo en los más necesitados; actitud de constante salida hacia los demás; valentía y audacia en el anuncio del evangelio; apertura al encuentro con quien es diferente. Actitud de compartir, escucha, colaboración, empatía y compromiso en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás” (EG 269); siendo discípulos misioneros de Cristo, llevando el Evangelio a todos los rincones del mundo, siendo testigos de su amor y misericordia. Debemos rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, debemos aprender de los santos que nos han precedido y enfrentaron las dificultades propias de su época. Para ello es necesario cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad, tener momentos de: adoración, retiros espirituales, encuentro orante con la Palabra y diálogo sincero con el Señor.

Es fundamental promover una espiritualidad litúrgica, que ha de ser misionera, es decir, muy atenta a escuchar, discernir e incorporar los diversos lenguajes, gestos, signos y símbolos de los fieles. Una “liturgia celebrada con autenticidad es la primera y fundamental escuela de discipulado y de fraternidad” (*Sínodo de los Obispos*, octubre 2023, I, 3k), pues las Iglesias locales han de ser inclusivas, donde cada ser humano pueda sentirse realmente miembro de la familia cristiana. En tal sentido, urge una sólida formación de los fieles para avanzar hacia una liturgia inculturada e intercultural.

Pregunta de reflexión para la ponencia central “Espiritualidad misionera”

¿Cuál es el papel del Espíritu Santo en nuestra vida y en nuestra responsabilidad de llevar la Buena Nueva a las periferias de la sociedad?

TALLERES PARA ESTE EJE

1. Espiritualidad misionera y liturgia

¿Dejamos actuar al espíritu Santo en nuestra labor misionera para que se exprese en los símbolos, ritos y celebraciones de nuestros pueblos? ¿Cómo?



2. Las Obras Misionales Pontificias y la misión

¿En qué medida las Obras Misionales Pontificias influyen en la acción evangelizadora de la Iglesia, particularmente en la formación del clero, de la familia, juventud, adolescencia e infancia misionera?

3. Protagonismo del Espíritu Santo en la misión

¿Cómo podemos dar mayor espacio al Espíritu Santo, a su acción y presencia de fe, en nuestras comunidades cristianas, en nuestras parroquias, para ser realmente Iglesia misionera “en salida”?

4. La misión ad gentes

En el actual contexto de transformación, ¿cómo integrar adecuadamente la misión *ad gentes* con la misión *inter gentes* y *cum gentibus*?

